

# Las dos Muertes de Cosío

Por emilio Uranga

Hay seres humanos infelices que están destinados a padecer dos aniquilaciones sucesivas; la de su extinción física primero y la de su evaporación moral después: dos muertes. Tal ha sido el caso de Daniel Cosío Villegas, el modelo DCV discontinuado por defunción los primeros meses del año de 1976 y por repudio general en los primeros días del año de 1977. De su segunda muerte ha sido responsable el propio Cosío al entregar a publicación sus MEMORIAS. Estas MEMORIAS son las de un viejo empedernido en ancestral malicia, que divertía sus ocios de septuagenario coleccionando patchadas con destino a una posteridad que lo infamaría. Tal es el legado póstumo de DCV, y de circulación tan poco aceptable como las fatídicas monedas heptagonales de diez pesos que precedieron, y anunciaron a la vez, la devaluación de septiembre de 1976. Cosío ya estaba muerto antes de flotar panza arriba en la charca nacional que contribuyó a empestar durante decenios con sus groserías y excesos. Esta infamia sin fin, que ha sido su poema de vida y de muerte, podemos hoy juzgarlo en su completa dimensión y evaluarlo sin aspavientos para remedio de la posteridad. Pues es cierto que sus deudores -si los hay- podrían invocar un derecho a la sobrevivencia para Cosío, adquirido a perpetuidad como el terreno de su tumba. Pero tras de una lectura de sus MEMORIAS esta pretensión se desfonda. A Cosío no le toca más ventura que la del olvido, pues una vez que se hayan vengado sus detractados, con toda legitimidad, ya no quedará nada. Olvido tras venganza previa; y muerte tras muerte; no sostendrá nadie que éste es un destino envidiable.

En su artículo del NOVEDADES, del jueves pasado, Antonio Carrillo Flores dice que, espumeando en las MEMORIAS de Cosío, encuentra "ameno" ese libro. Yo francamente opino que no lo es. Lo que ocurre es que, si estas patchadas de Cosío se las toma aisladamente, en dosis homeopáticas, son soportables, pero enhebradas en todo su contexto se vuelven insoportables. En ciertos medicamentos se advierte por las autoridades responsables que pueden ocasionar reacciones secundarias como la náusea y la dispepsia. Las MEMORIAS de Cosío a mí me producen irritación y asco, pero no como reacciones secundarias, sino absolutamente primarias. Dada esta composición, no me es dable entender que a Carrillo Flores le parezcan "amenas". Renunciar, por vanidad, al placer de una venganza póstuma a costillas de Cosío, me parece indebido. "Que los muertos entierren a sus muertos", dijo Cristo en el Evangelio. Desde luego que no faltarán muertos que se encargarían de la faena, pues Cosío se dedicó a producirlos por legiones. ¿Cómo llamarlos? ¿sus discípulos, sus allegados, sus corifeos? Las criaturas de Cosío ni nombre llevan. ¡Ay de aquél que mereció su absolución, su patrocinio y su elogio! ¡Benditos

aquéllos a los que maltrató con sus zafiedades! En este cínico senil no había amor, afecto, compasión, inteligencia, entendimiento, su campo todo estaba sembrado con cardos de mala sangre, de mala leche, de inquina y de intriga. Los mexicanos hemos ganado con su desaparición una enorme limpia del medio ambiente, éste si que era un ecocida total y totalitario. La lucha en contra de la corrupción moral se debe anotar un triunfo indiscutible con su extinción y con su condena. Celbrar su esfume no debe suscitar sentimientos de culpas. Estoy seguro que Cosío hubiera celebrado aún con mucha mayor saña la nuestra de haberse anticipado a la suya. "El que primero se muera, pierde la partida." Así me dijo Cosío en cierta ocasión. Ya la muerte no tiene nada que dirimir en este asunto. Ahora puede irse de vacaciones. Para juzgar a Cosío, aparte de la muerte, hay que hacer funcionar un sano entendimiento de las cosas del pasado y nada más.

Sigmund Freud habló insistentemente en sus obras de las ventajas de la enfermedad. Cosío nos ha convencido, a la inversa, de las ventajas de la amnesia. Hubiera sido mil veces preferible, para su salvación moral, que Cosío se olvidara de lo que fue, de lo que hizo y deshizo con su vida; pero no, hasta el final manifestó el convencimiento de que lo hecho por él estaba bien hecho, y de que no le quedaba otra tarea en la existencia que empeñarse en el personaje que había sido. Y así eligió su destino final; ser para siempre lo que había sido. Esta es, bien vista, una maldición. Lo salvador consiste en poder ser, en el futuro, algo que no hemos sido en el pasado. Pero Cosío es el hombre que ha levantado el monumento de su porvenir con la basura de su pasado. Hay que aprender de este sujeto que hay pasados que están condenados a ser eternos. Lo que siempre ignoró Cosío fue la virtud del arrepentimiento, lo que no supo es que, en el último momento de mi vida puedo lograr que mi pasado, por un acto de cabal arrepentimiento, no se prolongue en mi porvenir, que no lo entinte, que no lo manche. Cosío nos ha contado a tramos, como se hizo, y lo que más apena, como tendrá que ser, ya para siempre, lo que sin remedio fué. Pero no hay que dejar que se fragua, entre chistes, lo que mañana va a tener que llorarse en serio. Estas vidas de humoristas negros suponen que, con divertirse en contar obcenidades y chascarrillos, el futuro los absolverá. La amnesia debe ser un anuncio, una advertencia para los viejos de que están en la obligación de desolidarizarse de su pasado, si han de entrar en la tierra prometida del futuro, en la otra vida, y no ahogarse del todo en sus sudarios del pasado. Para mejorar el estilo, habría que haber mejorado al hombre que lo enarbolaba a cada paso, y esto fue imposible de hacer por Cosío, que pertenecía a la especie de los irredimibles. Ha pagado su traición al futuro.